

**FORMACION Y
TRABAJO
EN LA SOCIEDAD
DEL CONOCIMIENTO**

Julio María Sanguinetti

El doctor Julio María Sanguinetti, Presidente de la República Oriental del Uruguay dictó la conferencia inaugural de la XXXIV Reunión de la Comisión Técnica de Cinterfor: «Formación y trabajo en la sociedad del conocimiento». La siguiente versión, no revisada por el conferenciante, ha sido tomada directamente de la grabación hecha en sala. Se complementa con los comentarios que sobre ella hicieron los Ministros de Trabajo de Chile y Uruguay, respectivamente los doctores Germán Molina Valdivieso y Ana Lía Piñeyrúa.

Ante todo, quiero expresarle a los visitantes de los diversos países de América Latina, nuestra satisfacción por tenerlos y recibirlos aquí y, más aun, para reflexionar sobre estos temas relativos al trabajo, a su significación en los tiempos que vienen, a las mutaciones que se están produciendo -o que ya se han producido- en el mundo, a las responsabilidades del Estado, de la sociedad, de los empresarios, de las propias organizaciones de trabajadores en ello.

No cabe duda de que estamos inmersos hoy en una de las mutaciones más profundas que se han vivido en los últimos dos siglos y que ella -como en general lo ha sido en todos los grandes cambios de la historia- devino del terreno científico y tecno-

lógico para proyectarse luego hacia el terreno social. Naturalmente esto nos ha impactado en esta época, mucho más que en otras, porque veníamos de doscientos años altamente políticos: desde 1789, con la Revolución Francesa, hasta la caída del Muro de Berlín que constituyen dos siglos de debate básicamente político. Es decir, todo estaba cifrado, todo estaba referido, todo estaba aguardado desde el mundo de las ideológicas políticas. Eran ellas las encargadas de darnos las respuestas; ellas pretendían darlas en el terreno de la teoría o en el terreno de la praxis y en ese momento aparece una situación en virtud de la cual queda claro que no es en ese mundo de concepciones o filosofías globales -que comienzan desde Hegel en adelante- donde vamos a encontrar las respues-

tas. Las explicaciones de Comte, de Hegel, omnicomprendivas del mundo, incluso con presuntas leyes más o menos ineluctables de la historia, no habían resultado ciertas.

De ahí entonces que se produce esa mutación social que se empieza a revelar -ya venía ocurriendo; simplemente tal situación la puso de manifiesto el término de la Guerra Fría- y nos enfrenta, nos confronta con una sociedad a la que vemos distinta.

Vemos, primero, que los sistemas de producción han cambiado en varios sentidos: comenzando en que ya no se concibe todo desde el Estado nacional; el aparato de filmación que tenemos allí o cualquier aparato moderno ¿de qué nacionalidad es? No sabemos; probablemente el diseño técnico sea norteamericanos, algunos lentes ópticos sean japoneses, la carcasa acaso se hace en México y probablemente se haya armado el aparato en Taiwán. Entonces, ¿quién planificó esto? Lo planifica una empresa que saltea las fronteras; es decir, el producto no es concebido, imaginado por una empresa nacional que actúa dentro de un Estado, y que produce dentro de un Estado, sino por una empresa que hace una planificación más o menos universal ignorando esas fronteras o ubicándose dentro de ellas en función de criterios de simple eficiencia económica. Esto ya nos produce una modificación muy sustantiva de la situación; es decir, ya no estamos produciendo del mismo modo.

En segundo lugar nos encontramos a su vez con que los propios Estados nacionales ya no conciben su situación dentro de esquemas nacionales sino de integración. Europa marca el camino, luego comienza Latinoamérica, más tarde Asia, y todos en definitiva se van alineando en función de procesos de integración económica que comienzan desde el lado de las uniones aduaneras y luego se van profundizando. Hoy parecería que vamos tendiendo, más allá de las uniones aduaneras, a las áreas monetarias; es decir, área del euro, del dólar, del yen: puntos de interrogación, en fin, no lo sabemos. Pero en todo caso ya son procesos regionales, o sea, que tampoco es desde la economía nacional que se mira la situación.

Quizás la mutación más profunda la encontramos en lo que es, en lo que consiste la riqueza. Todos los de nuestra generación estamos formados y ciclados para contar bienes, avaluarlos y, en función de ello, sentir que allí está la riqueza. Nuestra generación ya se ubica detrás de aquella que vio en la tierra el factor de riqueza máximo; ya ella se forma en la idea industrialista, de que el proceso de transformación de los productos originarios pasaba a ser el sustento mayor de la riqueza. Pero en los últimos años asistimos a un cambio muy importante -yo diría con cierto malhumor, porque a nadie, o a muy pocos, le ha gustado ese cambio-. Es decir, nos cuesta asumir que los valores de riqueza no sean los alimentos, los productos minerales o su

transformación: la noble transformación de esos productos en valores industriales al servicio de la gente. Nos encontramos entonces hoy en un mundo de valores inmateriales en que elementos no tangibles pasan a ser el mayor valor de riqueza.

El clamoroso ejemplo de Bill Gates, transformándose en diez años en el hombre más rico del mundo sin haber vendido nunca una computadora, ni un producto material, es el ejemplo más característico, más emblemático. Yo he citado muchas veces a Tony Blair, cuando dijo, en uno de sus discursos inaugurales ante los sindicatos británicos, que el rock le producía a la economía británica más divisas que el viejo acero, el legendario acero británico que había sido emblema y signo de la gran revolución industrial que allí se desarrolló. Es decir los rockeros, con sus conciertos, los derechos de los Rollings Stones, de las Space Girls, los Back Street Boys, generan más divisas a Gran Bretaña que el acero.

Esas son mutaciones muy profundas, que nos cambian los conceptos en cuanto a la medición de los valores de riqueza; es decir, todavía estamos pensando en valores de propiedad y de distribución de la riqueza que responden a aquellos conceptos en los que hemos sido formados y estamos a caballo de una transformación de la sociedad a la cual resulta muy difícil adaptarse. Naturalmente, esto nos va imponiendo entonces una visión distinta; pero, para empezar, una gran humildad. De ahí

que, cuando hacemos estos ejercicios de análisis, debemos ser muy modestos en las previsiones; diría que si algo nos ha enseñado este fin de siglo es eso, repito, que debemos ser muy modestos en las previsiones.

Por el año 1977, o 1978, Hélène Carrère d'Encausse escribió un libro llamado «L'Empire Eclaté» (El imperio estallado) sobre la inevitable fragmentación de la Unión Soviética; que se iba a producir con comunismo o sin comunismo, sostenía ella. Bueno, ¡todo lo que le dijeron!; tanto desde la izquierda, porque la consideraban poco menos que una agente de la CIA, como desde la derecha, donde decían que era una agente de la KGB dedicada a desmovilizar, o a desalentar, el esfuerzo militar de Occidente. Podría multiplicar los ejemplos; pero baste este solo para decir de qué modo era muy difícil imaginar lo que iba a ocurrir en 1989; y allí sucede la segunda perplejidad, porque ese año, dijimos, terminó la Guerra Fría, se terminaron las grandes confrontaciones, ya no debemos temer la guerra de las galaxias, hemos entrado en un mundo sin lucha ideológica -el famoso debate del fin de la historia- y, a partir de ahora, las únicas discusiones van a ser técnicas o científicas. A los diez días teníamos de nuevo el debate sobre la democracia, cuestionada por mil poderes y fuerzas, y hoy tenemos una guerra en el territorio continental de Europa. Ello basta también para ejemplificar de qué modo hemos de ser modestos y prudentes en la futurología y no imaginar que posee-

2 3

mos hoy un claro código de rutas en virtud del cual podamos explicar por donde va a transitar nuestra sociedad en los próximos años y, como consecuencia, el mundo del trabajo.

Lo que sí tenemos claro es que el mundo del trabajo ha cambiado por la transformación de esa economía que, como recién señalamos, traspasa las fronteras nacionales y genera una economía altamente competitiva, una economía que genera más oportunidades, sustenta mejores niveles de vida pero también se traduce en una sociedad con más incertidumbre. Es decir que, como consecuencia inevitable, la situación es mucho más incierta, tanto para la empresa como para el trabajador. El mundo del trabajo, a su vez, se transforma en lo que es la propia prestación de él; hoy ya la historia del movimiento sindical y la historia de los debates laborales están fundamentalmente referidos a la protección del trabajador como ser humano. Es decir que había que preservarlo, salvarlo, de lo que era el desgaste del esfuerzo físico, desde las célebres novelas de Zola que mostraban la situación del trabajador de la Revolución Industrial.

Hoy el tema es de otro orden: aquél no ha desaparecido, por cierto, pero cede su paso frente a otros, la protección del trabajador es un valor prácticamente adquirido, no solo en el terreno de la normativa sino también en la mayoría de los países en el terreno de los hechos. En cambio tenemos un trabajador que vive otros problemas;

hoy es más la angustia y el estrés que el desgaste físico. ¿Por qué? porque hoy ese trabajador vive una situación más injusta que antes y, en segundo lugar, el tema ya no es tanto hacer esfuerzos sino manejar aparatos difíciles, sofisticados, de alto costo, lo cual genera una exigencia de concentración psicológica mucho mayor, de responsabilidad mucho mayor, de esfuerzo y de capacitación permanente mucho mayor. En una palabra, nadie llega en el mundo del trabajo, siempre está en tránsito hacia otra situación. Eso genera, naturalmente, una situación mucho más angustiosa; es un mundo con más oportunidades, que habilita más cosas, que por alguna causa es que todos vivimos más años y mejor, en las sociedades desarrolladas sin duda, en las sociedades intermedias, como las latinoamericanas, sin duda también, porque es rotunda la mejoría de los últimos años, no hay ninguna duda; prácticamente todos los países de América Latina están, en la expectativa de vida, en el orden de los 70 años (desgraciadamente, los países de África son los que están aún muy rezagados en esto). De todos modos se ha ido logrando esta situación de mayor bienestar, indudablemente; pero sin embargo, esa sociedad también genera muchos más riesgos y mucho más desasosiego;

De ahí entonces que el mundo del trabajo nos plantea a los dirigentes públicos una responsabilidad; y cuando digo dirigentes públicos, no digo sólo los del Estado, sino los dirigentes empresariales, los sindicales, los me-

dios de comunicación que hoy son fundamentales también en el mundo contemporáneo; a todos nos imponen entonces la necesidad de mirar hacia esta situación. Y eso nos traslada el tema hacia el mundo de la educación que parece ser hoy el escenario protagónico de la mayor batalla en la cual se libra el concepto del desarrollo futuro.

Si el conocimiento ha pasado a ser el mayor valor; si ha pasado a ser la conquista y el descubrimiento de esos valores claves del conocimiento la mayor expresión de riqueza; si ha pasado a constituir la vanguardia de cualquier movimiento en la sociedad, es fundamental estar preparado para entender esos cambios, para sobrevivir adentro de ellos, para poder manejar-se dentro de esta situación. De allí que, entonces, el nivel de educación es fundamental, y un nivel medido, no sólo desde un punto de vista clásico como mayor cantidad de información, sino desde un punto de vista moderno, como mayor aptitud para comprender.

Ya no es tan importante que un individuo sepa en qué año fue la Batalla de Actium, en la cual es derrotado Marco Antonio y pasa el poder a Octavio para fundar el Imperio Romano, como nos enseñaban a nosotros. Esas cosas que nosotros sabíamos de memoria y que luego veíamos en las películas de César y Cleopatra, con Elizabeth Taylor. Todo eso que sabíamos y que nos enseñaban en el liceo, y que nos recitábamos de memoria al Dante o Alfred de Musset ya no es tan

importante como poseer los códigos en virtud de los cuales podamos seguir aprendiendo. Es decir, ya no es un tema de debate que el dominio de los valores básicos de la informática, concebida no como profesión sino como lenguaje, son esenciales. De lo contrario tenemos un alfabeto funcional, a poco de andar, que no puede, no ya acceder a la universidad como era la vieja concepción, sino que, directamente, no puede manejar una máquina: una máquina de coser, simplemente; la simple máquina de coser, que hoy es también un aparato asociado a una computadora, con una planificación que hay que saber hacer y saber entender. Es decir que el tema es el aprendizaje básico de todos esos nuevos lenguajes.

De allí que también esté en ebullición, como es natural, todo el mundo de la educación. Lo está en el mundo entero, lo está aquí también. Hace pocos días estuve en Francia, en la asamblea del BID, donde se plantean debates que los nuestros son menudos al lado de aquéllos. Allí se discurre no solo sobre los que son siempre factores clásicos de los debates, sino también se plantea hasta dónde se tiene que llegar en la universalización de estos instrumentos básicos. En cualquier caso, lo que no está en discusión es que difundir al máximo la educación básica es fundamental; de lo contrario, la entidad democrática se hace absolutamente imposible. Es decir, si no alcanza la educación a los niños de cuatros años, ya hoy se establece un handicap

2 5

que es absolutamente irreparable en todo el resto de su vida. Y más irreparable que nunca porque ya la típica tarea del bracero, del operario sin mucha especialización -que era un destino modesto pero era un destino al fin- ya hoy casi no existe o va a tener, progresivamente, cada día menos sustancia, menos valor.

De otro lado, ustedes dirán: pero ésta es la acción de futuro; esto siempre es a largo plazo. Sí, a largo plazo, pero también a corto plazo. Porque un chico que hoy tiene cinco años va a estar dentro de doce o trece años en el mercado laboral. Entonces ya no se concibe la educación como un factor a larguísimo plazo, esto hoy corre mucho más rápido que antes.

2 6

En segundo lugar, tenemos la responsabilidad de los Estados en las acciones puntuales. Creo que es una responsabilidad que parece insoslayable y que también hace a un factor educativo: los programas de recalificación, los programas de capacitación pasan a ser una nueva realidad. Ya no estamos hablando de formación, sino de capacitación. No de formación en el sentido de desarrollo integral de una personalidad y de aprendizaje de aquellos instrumentos cognoscitivos que le van a permitir funcionar, sino la aproximación a destrezas, a habilidades concretas, que quizás dentro de poco tiempo puedan estar obsoletas, pero que pasan a ser un factor permanente. Es decir, el trabajador pasa a vivir en una

situación de recalificación permanente. Y cuando digo eso, hablamos de todos los trabajadores, aún los que trabajamos en el área del Estado y que tenemos que vivir todos los días aprendiendo nuevas cosas, nuevos instrumentos, instrumentales de medición permanente que hace muy pocos años no existían.

En el Uruguay - como ya les habré contado algo la Ministra Piñeyrúa, y les contarán otras personas que hablarán- estamos haciendo experiencias de este tipo, felizmente con la participación tanto de empresarios como de trabajadores. Y el Estado más como agente precipitador que como elemento rector. Han sido experiencias provechosas y de ellas tenemos que continuar aprendiendo para seguir desarrollando otras tantas. Lo que está claro es que la educación es hoy considerada como un proceso constante y permanente que no termina más allá en la vida. Así, el profesional liberal que egresa hoy con su título de la Universidad, no sale a aplicar conocimientos que normalmente aprendió. Porque ese médico recibido hoy, dentro de un año seguramente tendrá que operar con un instrumental diferente: lo importante es que esté capacitado para entender ese nuevo instrumental y pueda saltar el escalón. En una palabra, ya ningún profesional aplica en la vida aquello que aprendió atrás sino que lo que aprendió antes tiene que ser el instrumento para entender lo que aún no conocemos.

Ése es, en definitiva, el gran desafío de nuestro tiempo: el de asumir el sistema educativo como un fenómeno permanente y reconocer que él no se agota en un territorio que llamaríamos académico o cultural en un sentido restringido, sino que es cultural en un sentido amplio. Es decir, tiene que abarcar todos los órdenes de la vida. El mundo del trabajo está en el centro de ello, porque obviamente es el eje de todo lo que puede hacer a las posibilidades de futuro de cada individuo.

A su vez, los Estados -que presentan escenarios de los cuales han salido, o van saliendo, o no están en expansión: el Estado productor, el Estado comerciante, el Estado intermediario- pasan a asumir un nuevo rol, muy importante. Diría que mucho más importante desde el punto de vista social. En estos años vemos que, socialmente, el Estado productor resultó ser un redistribuidor normalmente negativo; en pocos casos ha sido un redistribuidor progresivo de riqueza, pero sin embargo es fundamental su acción precisamente en la redistribución social del conocimiento, de la capacitación y de los elementos compensadores de esos riesgos sociales. En un mundo más riesgoso es mucho más necesario aún la participación del Estado para la

prevención, disminución, alivio o superación de esos mismos riesgos. Su papel ha cambiado: de planificador y productor, ha pasado a ser un garante de los equilibrios de la sociedad y una suerte de rueda de auxilio de esa misma sociedad en la compensación y superación de esos riesgos que van apareciendo. Algunos de ellos los tenemos hoy a la vista, pero seguramente no son los que veremos dentro de cinco, o dentro de diez años, en esta progresiva aceleración que estamos viviendo. Pero allí está claro que es donde se plantea el debate. Ya no es tanto el gran debate de las ideologías, que ha pasado cediendo un consenso bastante amplio sobre los derechos de los trabajadores, sobre los valores de la equidad social, sino a un terreno instrumental de contenido fundamentalmente cultural que es la esencia a través de la cual podemos realmente incursionar e incidir en ese terreno de la equidad democrática.

Dichas estas palabras -que valgan como introducción- espero que ustedes, expertos en el tema, puedan profundizar en algunos de estos planteos y en otros nuevos para, de algún modo ir alumbrando el camino a quienes tenemos las responsabilidades para seguir transitando. ♦

2 7